

EL MUNDO

DE LAS

AVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA



TOMO PRIMERO

BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRAFICO EDITORIAL DE RAMÓN MOLINAS

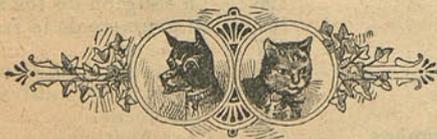
PLAZA DE TETUÁN, NÚMERO 50



ÍNDICE

	PÁGINAS		PÁGINAS
Los compañeros de Colón en la isla Española.	2	El librero de Logroño.	166 y 178
El Gorila.	4	Los indios de las Pampas de Buenos Aires.	169
El Correo de Lyon.	5, 22 y 39	Las ceremonias fúnebres en los pueblos esla- vos.	170 y 182
Guerra á Muerte.	9, 26, 42, 58, 74, 88, 101, 119, 134, 153, 167, 183, 198, 219, 230, 252, 269, 284, 297, 313, 326, 347, 366, 379, 397, 411, 426, 443, 460, 478, 494, 509, 522, 537, 553, 574, 587, 603, 618, 634 y 654	La muerte de Gordon.	174
Perseguidos por los elefantes.	14	Salvado de las olas.	175
La caza del oso blanco.	15	Un drama en la nieve.	175
Correr para vivir.	18 y 35	El naufragio del <i>Jonkheer</i>	179
Salvamento de náufragos.	22	Historia del grabado.	187
Heroica abnegación de un indo.	30	Sepulturas peruanas.	190
Elegía en el desierto.	31	La caza del sucuruyo.	190
Viaje á la tierra del fuego.	34, 59, 69 y 118	Crimen en la tierra, tempestad en el cielo.	191
El primer buque de vapor.	38	El motín á bordo del <i>Frank N. Thayer</i>	194
Siniestra visita.	46	El iluminismo, hipnotismo y sonambulismo.	200
Los Tre-cientos de Balaclava.	50	La proeza de Hopson.	203
Caza del elefante á espada.	54	Un encuentro inesperado.	203
Las momias de Deir-al-Bahari.	55	Ir por lana.	203
Al leu Drez.	56	El gato doméstico.	206 y 223
Peregrinación á la Meca.	61	El bloqueo.	210
Naufragio de la fragata turca <i>Ertogrul</i>	62	Bamfylde Moore Carew.	215 y 226
El asesinato del ministro Spencer Perceval en mayo de 1812.	66	Un bandido búlgaro.	222
De Nueva York á Huelva en bote.	70	Una escena en las regiones polares.	222
Gran cacería en las Indias Inglesas.	76	Cinco semanas bajo la nieve.	227
Pompeya.	82	Los duendes, las rusalkas y las Willis.	233
La caza del bisonte.	91	En Abisina: la caza del rinoceronte.	238
Terrible situación.	92	Brunequilda y Sigfredo.	238
Historia de Tomás Potter <i>el Contrabandista</i>	98	El reno perseguido por los lobos.	239
Historia de una madre.	105	Historia del teniente Spearing.	242
Fredugunda asesinando á su entenada.	107	El célebre naufragio del bergantín <i>Nerina</i>	245
Ataque de una barca por los tiburones en la ba- hía de Nueva York.	109	Duelos notables.	246
La viajera Negra.	110	Asesinato de Uasen Segued por su mujer.	255
Choque de una piragua con un hipopótamo.	110	Las garzas reales.	255
Historia de Jeffrey <i>el Marino</i>	114	La impostura de Arnoldo de Tilb.	258
El carnaval de Perth.	116 y 130	Aventura con un búfalo.	265
María Estuardo recibiendo la noticia de su sen- tencia de muerte.	123	Incendio de una pradera.	270
La fuga del presidiario.	126	El milano, el lobo y la liebre.	271
Los centauros del Gran Chaco.	126	Cacería nocturna.	274
Solo en el mar.	137	Naufragio del buque mercante <i>Doddington</i>	276
Courjon, el cazador de tigres.	137	Un buque entre los hielos polares.	286
El brujo indiano.	138	El oso herido, y el cazador muerto.	286
El soldado y el vampiro.	139	Quesada.	290
El águila dorada.	146	Fitzgerald <i>el Duelista</i>	292
Breve noticia sobre el empleo de los sueños.	150	La religión de los antiguos canarios.	299, 315 y 328
Duelo feroz.	155	El grumete de la fragata <i>Matilde</i>	303
Naufragio del <i>Howe</i>	155	El jaguar.	303
Suplicio indiano.	156	La matanza de Cawnpore.	306
En la trampa del lobo.	158	Historia del naufragio del <i>Jefe Indio</i>	311 y 322
La catástrofe de Eyam.	162	Las focas.	316
		Caza nocturna.	318
		Los buques para los mares árticos.	325
		Un héroe.	330
		El caballo del Cid.	331
		Caza de una pantera en Siam.	335
		Ataque de lobos y defensa de caballos.	335

	PÁGINAS		PÁGINAS
Oso y búfalo.	335	La aventura del pescador y la muerte de mister	
Los prisioneros del castillo de Cornet.	338	Avery.	563
Da Costa y la Inquisición.	341	El capitán Webb.	564
Las minas de Idra.	345	Aventura de un marinero.	566
Los guías del Monte Blanco.	346 y 354	Historia de un buhonero.	567
Momento crítico.	349	Narración de Felipe Aston.	570 y 578
Botín marítimo.	349	Asesinato de Waldstein (1634).	575
La muerte de Pedro Egger.	359	El bote-salvidas.	575
Enterrado en vida.	362	Una evasión arriesgada.	582
En las Cataratas.	363 y 370	Un drama en las praderas del Oeste (Estados Unidos).	590
Asesinato del explorador francés M. Musy.	367	La inocencia sucumbiendo ante la fuerza.	590
A la luz de la luna.	367	El coche-correo y el exprés montado.	594
Aventuras de aeronautas.	370	Anécdotas de la armada británica.	600
Honorato Mirabel.	377 y 383	El naufragio del <i>Endimion</i> .	606
¡Solo!	383	El salvamento del <i>Georgian</i> .	606
El nevasco.	383	Episodio de la insurrección cubana (1873).	610
Las aventuras del capitán Ricardo Falconer.	387, 614	En las garras de un león.	611
La historia de Sandy Wright y el huérfano.	394	Anécdota de la marina de guerra británica.	618 y 626
Muerte de Pedro II de Aragón en Muret.	399	El acertijo.	620
Cuentos de la Cruz Victoria.	402	Los titiriteros.	622
La hazaña de Cabanagh.	403	Episodio del sitio de Londonderry (1689).	626
Defensa del vado de Borke.	406	La catástrofe del <i>Victoria</i> .	633
Los balleneros.	410	El traje más magnífico del mundo.	635 y 656
Los lobos y el jabalí.	411	Los jacobitas.	636
Historia de un búfalo.	418	Recuerdos de Carlos Ball <i>el Esclavo</i> .	642
El faro de Eddystone.	242 y 434	Una aventura con los malhechores de Victoria.	649
Sociedades secretas de la Edad Media.	428, 444 y 508	Episodios de la guerra de la independencia.	658
El Gorila.	430	El barón de Trenck en Magdeburgo.	659
Una venganza equivocada.	437	Los piratas de la Sonda.	669, 682, 699, 716, 731, 749, 763, 777 y 796
El error de M. Festeau.	439	Un divorcio causado por los espíritus.	670
El votante de Cornualles.	441	Cómo se tomó un fuerte en la India.	674
El aeronauta.	447	El fuego en el bosque y en la pradera.	675
La liebre y los milanos.	447	Un trance terrible.	678
Una aventura en España.	450	Expediciones al Polo Norte.	685
La balsa de la <i>Medusa</i> .	454	Los velocipedistas franceses.	686
Milagroso encuentro.	463	El águila y el gamo.	687
El doctor Garner y los Gorilas.	463	La famosa carga de Balaclava.	690
A caza de pájaros.	466	La inundación del Misuri (1881).	695 y 706
Un tiro casual.	466	Aun vive Polonia.	700
Un trance apurado.	468	La familia del león.	701
Las fugas de Casanova.	472 y 482	La catedral de Colonia.	707
Lucha fratricida.	479	La barca de Andernach.	711
Historia de Ana Snell, la <i>mujer soldado</i> .	486	Un salto terrible.	714 y 722
El marinero del <i>Awashouks</i> .	491	Una cárcel española.	725
Centinela turco.	495	Ahmed <i>el Astrologo</i> .	729 y 739
La tigre devoradora de hombres.	498	Un duelo extraño.	738
Un naufragio en Goodwins.	500	La catástrofe del <i>Kent</i> .	744
La lucha contra el fuego.	502	Expedición norteamericana al Polo Norte.	754
La pantera y las gacelas.	511	Los padecimientos de Carlos Jackson.	759 y 770
Una viajera atrevida.	514	La cabaña de troncos.	761 y 770
Aventuras con serpientes.	516	Desapariciones misteriosas.	771
En la India.	519	Cuentos de un viajero.	774 y 786
Fuego á la chusma.	526	Cuento de Cornualles.	790 y 806
Moros en la costa.	526	Historia de un prisionero de guerra.	702 y 821
Aventura de un chico.	530	La cámara tapizada.	809 y 822
Encerrados entre el hielo.	531	El sobrecargo ruso.	812 y 828
Cuentos del Niágara.	537	Los balleneros.	815
Los mendigos estafadores.	539	La pesca de la sardina.	815
Fatal error.	541	La confesión del bandido.	818
Un drama en el aire.	541	La marquesa de Ganges.	819
Las hazañas de Joel R. Robinson.	546 y 562	La ejecución del conde de Ferrers.	826
La hazaña de M. Blondín.	547	La caza al elefante.	830
Relato de la batalla de Waterloo.	547	Catástrofe en Villacañas.	
Frente al monstruo.	559		
La avalancha.	559		



El Mundo de las Aventuras

> Año I. : Núm. 1 <

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

ESPAÑA
Un año (con la novela)... 12'50 ptas.
Un semestre > . . . 6'50 >
Número suelto > . . . 0'25 >

PORTUGAL
Suscripción pagadera semanalmente.
Cada número (con la novela).. 50 reis.

Barcelona, octubre de 1892

CUBA Y PUERTO RICO
Un año (con la novela). . . 5 pesos oro.

En el resto de América
fijan el precio los Sres. Corresponsales

EXTRANJERO
Un año (con la novela). 18 ptas.



COLÓN ANTE LAS RUINAS DEL FUERTE DE LA NATIVIDAD (dibujo de J. Vehil)

SUMARIO

Los compañeros de Colón en la isla Española.— Los grandes cuadrumanos.— El Correo de Lyon.— Guerra á muerte.— Aventuras de caza.— Noticias.

LOS COMPAÑEROS DE COLÓN EN LA ISLA ESPAÑOLA

Sea la primera aventura que se refiera en este periódico un hecho histórico que pertenezca al inmortal descubrimiento que en estos días se está conmemorando; sea un dramático episodio de la epopeya colombina.

Hábíale dicho á Colón los indios de la isla de Cuba que yendo hacia el E. encontraría otra en que hallaría mucho oro, y se llamaba Haití; y como el principal objeto del insigne genovés era precisamente dar con islas de donde pudiese sacar en abundancia aquel metal (extraña preocupación que han desmentido después los hechos, pues los continentes auríferos, por excelencia, son Africa y Oceanía), fué para Haití, donde desembarcó el día 4 de diciembre (1492.)

Tan parecida era la vegetación de aquella parte á la que se ve en ciertas regiones de nuestra península, que Colón llamó á dicha isla *La Española* (nombre trocado después en el de *Santo Domingo*). Al día siguiente recibió Colón la visita de un joven cacique, á quien agasajó grandemente, y satisfecho el indio con tales muestras de consideración hubo de hacer que el rey Guacanagari invitase á Colón á pasar á verle. Accedió el intrépido descubridor, y tan hábilmente supo conducirse con el pobre bárbaro, que éste ajustó de muy buen grado con él un tratado de alianza y de comercio, y aun le concedió permiso para levantar un fuerte en la isla, en la cual pensaba establecer Colón una factoría á fin de beneficiar las minas de oro, que á la sazón serían quizás algo abundantes: no ya hoy. Y, en efecto, concluido el tratado de comercio, veíanse los marineros de Colón circuidos de indios que les llevaban pepitas, granos y polvos de oro, paquetes de algodón y papagayos de vistoso plumaje de colores, todo lo cual cedían alegremente los naturales á cambio de bagatelas, como eran cuentas de vidrio, clavos y trozos de loza quebrada; pero lo que más parece excitaba la admiración de los haitianos eran las campanillas. Indio hubo que trocó cuatro onzas de oro por una campanilla, y aun creyó haber hecho tan rica ganancia que echó á correr temeroso de que el español no se arrepintiese de aquel cambalaje leonino.

Continuábase, entretanto, con la mayor actividad la construcción del fuerte; de cada día se estrechaba más y más la amistad de Colón y el rey Guacanagari á fuerza de mutuas visitas y regalos, y cuando por fin quedó concluido el castillejo, que se llamó de la *Natividad*, temeroso el almirante de que la carabela *Pinta*, que había desertado poco tiempo antes, le ganase la delantera en llegar á España, hizo también á la vela y dejó en *La Española* treinta y nueve hombres que voluntariamente accedieron á permanecer allí esperando su regreso. Nombró Colón los oficiales que de-

bían de mandar aquel puñado de valientes, escogiendo como jefe al capitán Diego Arana, proporcionóles víveres y pertrechos, exhortóles á que viviesen con la mayor armonía y fomentasen la amistad lo mismo entre sí que con los isleños, y zarpó para España el día 4 de enero de 1493.

No es nuestro objeto referir aquí las terribles peripicias que hubo de sufrir Colón en su viaje de regreso á España: digamos, para no apartarnos de nuestro asunto, que el insigne almirante estuvo de vuelta en la Española á 22 de noviembre del citado año.

Desembarcaron los nuestros, y el día 25 llegaron cerca de Monte Christi, donde se detuvieron con intento de fundar allí una colonia, cerca del río que en su primer viaje llamaron *Río de oro*; pero, convencidos de que el lugar era malsano, pasaron adelante.

Mientras algunos marineros se internaban por la manigua para estudiar la configuración del país, encontraron en medio de unos matorrales dos cadáveres: uno con una cuerda atada al pie, y otro con un lazo al cuello, y las muñecas atadas á dos maderos en forma de cruz. Nada se pudo sacar en claro, sin embargo, tocante á si serían españoles ó indios, pues hallábanse en completo estado de putrefacción. A pesar de todo, se vió que la cuerda era de elaboración española, lo cual puso en gravísimo cuidado á los nuestros, temerosos de la suerte que hubiese podido haber á los bravos compañeros que allí quedaran, pues Monte Christi sólo distaba siete leguas del fuerte Natividad.

Continuando los nuestros su exploración, dieron con otro cadáver, el cual conservaba perfectamente la barba. Ya no cabía duda: eran españoles. Apoderóse por un momento el pavor del ánimo mejor templado, aunque por otra parte parecía deber tranquilizarles la alegría con que se les acercaban los indios, los cuales, tocándoles la camisa y el jubón, les decían *jubón, camisa*, en castellano. Sin embargo, ni aun esas pruebas bastaban á los nuestros para alejar de sí los tristes pensamientos que les asaltaban, y llenos de impaciencia embarcáronse para llegar cuanto antes al puerto de la Natividad.

Fondeó la armada á menos de una legua de la costa, en medio de las tinieblas de la noche, y esperóse á que riese el alba para sondear el fondo. Entretanto, y para calmar la impaciencia de las tripulaciones, disparóse un tiro de bombardas, esperando que contestase el fuerte. Sólo respondió el eco de los montes. Disparóse por segunda vez, y de nuevo sólo responde el eco, que repercute en las concavidades de la cordillera. Tiemblan los marineros ante aquel siniestro mutismo; escrutan con la mirada las tinieblas por si ven relucir el resplandor de algún farol: nada se ve. Prestan oído por si se siente algún rumor: nada se oye. No turba el silencio de la noche atabal, bocina, ni clarín. Todo yace en silencio funerario, en sepulcral oscuridad.

Mucho tardó en transcurrir aquella noche de ansiedad horrible. Por fin, cerca de la madrugada acercóse á nuestras naves una canoa, cuyos tripulantes preguntaron por Colón. Dijoseles dónde estaba el barco del almirante y remaron hacia allá, pidiendo por él. Invitóseles á subir á bordo, pero respondieron que antes de hacerlo querían ver si era verdad que estuviese allí

el almirante. Fué preciso que Colón se dejara ver de los indios á favor del resplandor de un fanal. Entonces subieron dos indios. Uno de ellos, primo de Guacanagari, dijo á Colón que venía á fin de hacerle presente de dos máscaras de oro, de parte del rey. Preguntó en seguida el almirante noticias de sus compañeros del fuerte, y el cacique respondió que se encontraban bien, pero que se habían muerto algunos de enfermedad y otros á causa de unas riñas que tuvieron entre sí, y que los restantes se habían internado en la isla llevándose quién cuatro, quién cinco mujeres. En cuanto á Guacanagari, había estado malo algún tiempo á causa de una herida que recibiera en un combate que tuvo con dos caciques, que habían reducido á pavesas su pueblo, pero aseguró el primo que sin falta se presentaría á ver á Colón así que saliese el sol.

No eran muy agradables las noticias, pero valía más que hubiese sucedido lo que refería el cacique que no lo que se habían temido los nuestros en un principio á causa del silencio del fuerte. Y, á pesar de que el otro indio que acompañaba al primo de Guacanagari aseguró en secreto al intérprete Diego Colón que los españoles habían muerto todos, creyóse que era eso una mala interpretación, y se continuó en la confianza de que no todos habían perecido.

Salió el sol, llegó el mediodía, vino la tarde, llegó el ocaso, y no se dejó ver para nada el esperadísimo Guacanagari. Impaciente Colón, y no menos impacientes las tripulaciones, envió á tierra una chalupa para ver cómo estaban las cosas. Corrieron los marinos al lugar donde se había levantado el fuerte y encontraron que sólo había allí un montón de ruinas y de pavesas, y revueltas con ellas cajas destrozadas, provisiones podridas, huesos y calaveras humanas...

Intrépidos y temerarios como siempre, internáronse en los bosques, notando, con alarmante insistencia, que á su vista huían los naturales. Siempre adelante, llegaron al pueblo donde tenía su residencia Guacanagari; pero lo encontraron reducido todo á cenizas. No había más que hacer; retiráronse, y fueron á participar á Colón el terrible resultado de sus exploraciones.

El almirante mandó que la flota fué á fondear en el puerto, y al día siguiente envió á tierra á todos sus soldados, mientras las carabelas hacían numerosas salvas de artillería para avisar su presencia si por acaso quedaba algún superviviente. Pero nadie compareció.

¿Quiénes habían sido los matadores? Andaban divididas sobre esto las opiniones de los nuestros. Ahabían los unos el atentado á la perfidia de Guacanagari; opinaban otros que era inocente de ello, y á este parecer se inclinaba el almirante. Pero entonces ¿por qué no se había dejado ver, según prometiera su pariente?

Fué Colón en seguida á recorrer la costa en busca de sitio á propósito para construir otro fuerte, y fué muy significativo que los habitantes huyeran así que veían á los nuestros. Registrando aquellos bohíos, encontraron muchos objetos que habían pertenecido á los españoles, como eran un ánora de la carabela que naufragó, jirones de paño y un hermoso manto morisco que en manera alguna podía haber llegado á po-

der de los indios por vía de cambalache, pues era harto precioso.

Los indios, con más astucia de lo que era de esperar de una gente tan inocentona, comenzaron á dejarse ver de los nuestros, haciendo mil protestas de adhesión, pero en realidad con ánimo de explorar las intenciones de los españoles. Gente enviada adrede para tal oficio. Por fin, soltó la lengua un cacique, también pariente de Guacanagari, y contó como apenas había zarpado Colón dejando á aquella gente al mando del capitán Arana, jefe prudente y de mucha rectitud, diéronse á buscar oro, desobedeciendo á su jefe, y, como consecuencia, á andar en riñas por el reparto del botín, hasta que no satisfechos con lo que se les daba buenamente se entregaron á la más descarada rapiña, y se encenagaron en los más bestiales vicios, no respetando mujer casada ni doncella. Y era muy natural que sucediera eso, pues si Diego Arana era un caballero sin tacha, los marineros que tenían á sus órdenes eran la hez de las tripulaciones, incapaces de disciplina y de ajenos por completo á la idea del cumplimiento del deber.

El pobre Guacanagari, asustado por los desmanes de aquellos blancos y ansioso de poner fin á las brutalidades que cometían contra las indias, les regaló dos ó tres mujeres á cada uno, pero ni por esas. A su vez trataba Diego Arana de reducirles á obediencia, pero nadie le respetaba, y no sólo eso, sino que sus dos tenientes, Pedro Gutiérrez y Rodrigo de Escobedo, ávidos de suplantarle, fomentaban la indisciplina y azuzaban á aquellos desalmados para que matasen al capitán, con lo cual mandarían ellos dos. Dieron su resultado las villanas tramas de los dos oficiales: amotináronse los soldados, corrió la sangre. La mayoría, á la verdad, se puso de parte de Arana, y los dos traidores se escaparon con nueve hombres (cada uno de los cuales cuidó de llevarse á su respectiva compañera), yéndose todos al Cibao, donde, según decían los indios, bastaba agacharse para recoger el oro á puñados.

No tardaron en imitarles los que habían permanecido fieles. Fueron desertando con armas y bagajes, ya solos, ya de dos en dos ó de tres en tres, con lo cual comenzaron los indios á concebir la idea de darles muerte, ya que tan propicia se presentaba la ocasión.

Mandaba en la provincia de Cibao, situada en el interior, un cacique de raza caribe llamado Caonabo. Este, pues, fué quien resolvió el exterminio de los españoles. Era un aventurero de mucha alma, feroz, valiente; había llegado á Haití en son de conquista hacía algunos años, seguido de algunos caribes no menos esforzados, y así consiguió formarse una soberanía respetadísima por todos, siendo el principal cacique de la isla. Gran contrariedad fué para él la llegada de los nuestros, que le arrebatarían su prestigio de guerrero, y de ahí el odio que abrigaba contra los españoles. Mucha fué, pues, su alegría cuando vió que Gutiérrez y Escobedo y sus compañeros se metían tan imprudentemente en la boca del lobo. Sorprendióles una noche y los mató á todos. Unióse luego con el cacique de Marién, y reuniendo sus fuerzas cayeron una noche sobre el fuerte de la Natividad, sorprendieron al buen Die-

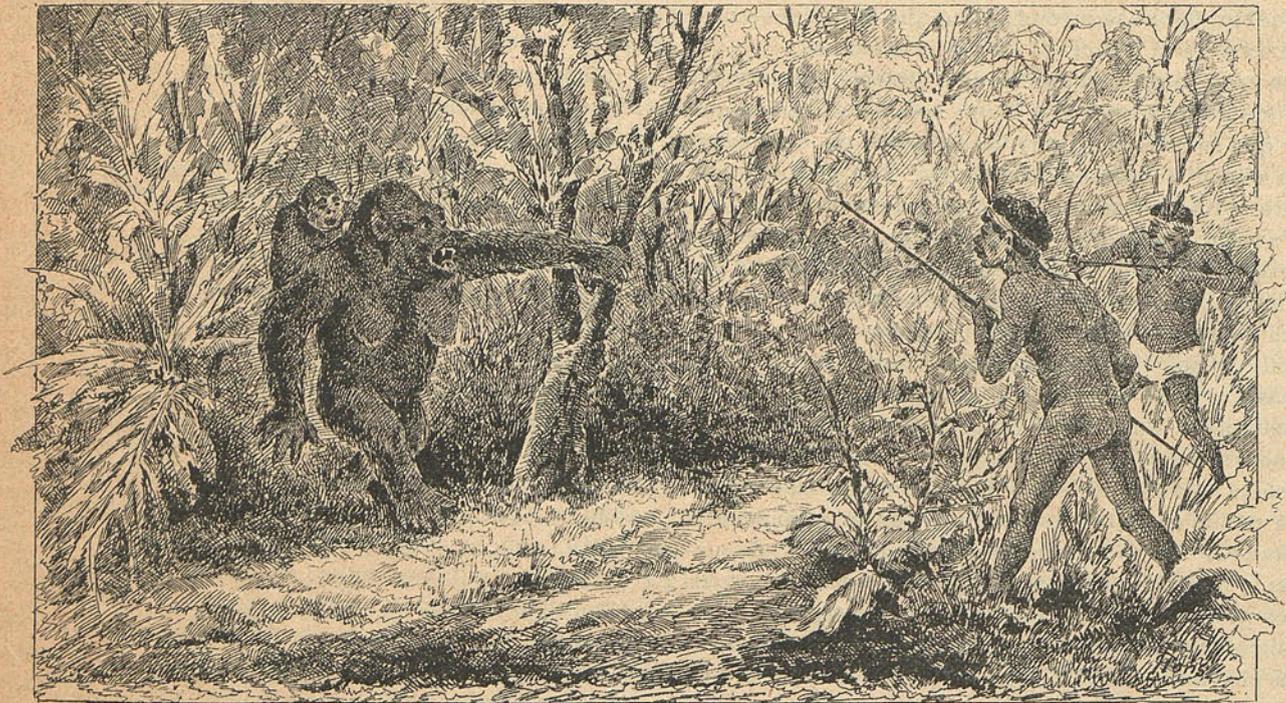
go Arana y á los diez soldados que seguían siéndole fieles, y los degollaron mientras dormían, pegando fuego en seguida al castillejo, después de lo cual fueron en busca de los que campaban aislados ó de dos en dos, y acabaron con todos ellos, pereciendo ahogados algunos que huyendo de los indios se arrojaron al mar. Quiso Guacanagari castigar á Caonabo, pero poco podían sus pobres y débiles haitianos contra la pujanza de los caribes, y fué derrotado, é incendiado su pueblo.

Tales fueron las primeras víctimas de la conquista de América por los españoles.

LUCIANO GÓMEZ ABRIL

ble frecuencia. Aparte de eso, este animal (quizás el más horrible de todos por su aspecto) no tiene necesidad de esforzarse mucho para procurar el sustento á su prole, pues es tan abundante la vegetación en los bosques del Africa ecuatorial que una legua cuadrada de bosque es suficiente para dar de comer á centenares de gorillas, para cuya alimentación son buenas todas las semillas y yerbas no venenosas, y especialmente los frutos y hojas del árbol llamado *Encina de Guinea*, los plátanos, la caña de azúcar silvestre, etc.

El gorilla se encuentra con frecuencia con tigres, leopardos, panteras y alguna vez con leones; pero con su



LOS GRANDES CUADRUMANOS.—El Gorilla. Ataque de la hembra por los negros

LOS GRANDES CUADRUMANOS

EL GORILLA

Pocos animales habrá menos conocidos de vista, y, sin embargo, que más interés despierten que el *gorilla*. No describiremos su estampa, porque es sabidísima de todos, y por lo mismo nos limitaremos á dar algunas noticias de fresca fecha sobre sus costumbres.

Resulta, pues, que, en lugar de ser el gorilla un animal nómada, sin techo ni hogar, suele construirse, por el contrario, chozas de follaje, en la cual vive con su hembra y sus hijos. Exceptúanse los gorillas solteros y los viudos, que campan por sus respetos.

El gorilla mama de ocho á nueve meses, empieza á andar al cabo de un año, no es ágil hasta al cabo de un lustro y sólo adquiere su completo desarrollo de los diez á los doce años.

Este cuadrumano (¡y no le llamemos, por Dios, *Primate!*) vive en pareja, y su principal ocupación consiste en criar á sus hijos, que suele tener con deplora-

tremenda quijada y sus garras haría jigote la espalda del rey de las selvas ó se llevaría medio pescuezo del tigre. En cuanto al hombre, perece entre sus brazos en menos que canta un gallo, y le ataca siempre.

Los negros se han atrevido á veces á atacar á la hembra con lanzas ó con simples cuchillos de monte, pues la gorilla no tiene de mucho la fuerza ni el valor del macho; pero desgraciados de los cazadores si el gorilla llega á oír los chillidos de su hembra (y los oye casi siempre), pues en un momento los despacha á todos á la eternidad, si antes no se le deja en el sitio de un balazo en el pecho.

Cuentan los que han tenido la fortuna de matar un gorilla que no hay nada más terrible que la agonía de uno de esos animales, pues en tales momentos lanzan gritos mezclados con estertores y suspiros que cualquiera creería son humanos. En cambio, nada más delicioso que ver cómo la gorilla saca á paseo á sus pequeñuelos, y les hace jugar, y les cuida, y les mimas. Tendría corazón de fiera el hombre que en semejante ocasión disparase contra aquella dulce familia.

Aparte de todo, repetimos que como visión espanto-

sa, como aterradora imagen, no hay fiera ni monstruo que pueda compararse con el horrible cuadrupedo de que hablamos, á pesar de ser el animal más parecido al hombre, ó quizás por esta misma razón.

LOS DRAMAS DE LA VIDA

EL CORREO DE LYON

ROBO Y ASESINATO.—TERRIBLE ERROR JUDICIAL

En la primavera del año 1796 iba París reponiéndose de las angustias del tremendo drama de la Revo-

En la época de que hablamos veíanse pasar continuamente por las calles de París carros y coches atestados de fugitivos que volvían, ó de los que llegaban del campo con esperanzas de aprovecharse de la naciente seguridad y tomar parte en los trabajos de la industria.

A mediados de abril, ó, sirviéndonos de las fechas del Terror, en floreal del año 4 de la nueva era (el calendario de esta nueva era no cesó hasta 1.º de enero de 1806), veíase, entre la multitud de carruajes de toda especie que entraban en la capital á primera hora de la mañana, un coche cargado con el equipaje de José Lesurques, joven que había llegado de Douai la noche anterior con su esposa y tres niños, y atendía



EL CORREO DE LYON.—No llevaban prisa, al parecer, á juzgar por el paso de sus caballos

lución, purificada de la sangre y los horrores del reinado del Terror por la pólvora y la metralla.

El joven oficial de artillería, ciudadano Napoleón Bonaparte, había sido ascendido á general, aclamado por unanimidad, y en aquel momento hallábase Francia relativamente tranquila, preparándose, quizás sin darse conciencia de ello, para la gran lucha con las naciones de Europa.

Entretanto París se divertía, como lo hizo Inglaterra después de los calamitosos tiempos de la guerra civil entre los Estuardos y los liberales. Por de pronto, había lo que Carlyle llamó la *efervescencia del lujo*: la sociedad comenzaba á fijar su atención en la elegancia, así de los trajes como del mobiliario, é inventábanse nuevos espectáculos, diversiones y danzas. Durante el Terror solamente bailaban los descamisados; mas ahora los ricos podían dejarse ver ya sin temor.

ahora á la conducción de sus baúles y cajas á las habitaciones que había alquilado en casa de un tal M. Mounet, notario, en la calle de Montmartre.

El equipaje era de importancia, pues Lesurques acababa de heredar por valor de una renta de quince mil libras, poco más ó menos, de su propia familia, y en parte también de los parientes de su mujer, habiendo resuelto tiempo atrás establecerse en París tan pronto como cesaran los horrores de la Revolución, á fin de educar allí á sus hijos.

Su regular fortuna permitíale vivir sin tener que dedicarse á ningún oficio ó profesión, y Lesurques, verdadero francés por el amor que profesaba á su capital, no hubiera dejado de ningún modo de trasladarse á ésta, aun sin su inesperada fortuna, pues hacía muchos años que había resuelto abandonar su pueblo natal.

Esta determinación databa desde el tiempo en que

París no era en cierto modo más que una inmensa cárcel, una ciudad donde corría á torrentes la sangre y se encontraba un peligro á cada paso; una ciudad donde la muerte parecía anidar en todos los rincones, ó recorrer locamente las calles. Ahora París volvía á ser lo que siempre ha sido en estado normal, y en aquella hermosa mañana de abril, M. Lesurques, joven aún, pues sólo contaba treinta y tres años, lleno de ilusiones, y con mucho dinero en el bolsillo, pudo por fin creer, mientras conducían su equipaje á la calle de Montmartre, que se realizaba su dorado sueño.

Dejó en casa á su mujer y á sus hijos, no repuestos aún de las fatigas del viaje, encargando á su cariñosa compañera que fuese desembalando los tesoros de familia para colocarlos en el nuevo alojamiento, y fué á recorrer las calles para renovar sus antiguas impresiones, recibidas en anteriores visitas á París.

Mientras contemplaba la agitación y movimiento, con la admiración propia de un campesino, hacía castillos en el aire, proyectando planes diversos para disfrutar lo mayormente posible de aquel mundo de promesas en que al fin había conseguido entrar.

Tan preocupado andaba con sus combinaciones, que no echó de ver como pasaba el tiempo, hasta que su estómago se lo recordó, al fin. Satisfecha esta primera necesidad, y después de tomar una taza de café, recordó que debía cumplir con un deber, que era el pago de una deuda.

—¡Guesno!—exclamó de pronto.—Pues hay que ir á verle para pagarle de una vez.

Y volviendo á la calle de Montmartre, tomó la cantidad necesaria, se enteró de las señas de Guesno, dueño de un establecimiento de carruajes en Douai, y volvió á salir.

Muy pronto encontró la casa, y, llamando á la puerta, fué introducido en la habitación donde el mismo Guesno, hombre de escasa estatura y de atezado rostro, se ocupaba en revisar varios papeles. Levantóse al ver á Lesurques y estrechóle afectuosamente la mano.

—¿Ya estáis aquí?—comenzó á decir.

—Sí: vengo á entregaros las 2,000 libras que os debo.

—Si queréis renovar el pagaré...

—No: prefiero pagar.

—¡Ah! Verdad: ahora caigo en la cuenta de que habéis heredado algo hace poco. Supongo que permaneceréis una corta temporada en París, ahora que sois rico.

—Nada de eso. Me propongo permanecer aquí largo tiempo, por no decir toda la vida. Mi esposa y mis hijos me acompañan; hemos llegado anoche, y no pienso volver á Douai.

Verificado el pago, hablaron algún tiempo de los últimos acontecimientos, y Lesurques se levantó para retirarse.

—A propósito,—dijo Guesno;—¿tenéis algún compromiso para mañana?

—No tengo ninguno, ni menos tengo deudas, pues acabo de pagar la última. Me he pasado toda la mañana echando planes para divertirme tanto como pueda.

—Pues entonces hacedme el favor de comenzar por tenerme presente á mí: veníos á casa mañana á las nueve. Almorzaremos juntos en un sitio que yo conozco, y os aseguro que os servirán como á un rey.

Lesurques aceptó sin vacilar, porque Guesno, además de haberle dispensado un gran favor cuando verdaderamente lo necesitaba, era también todo un buen hombre. Los dos amigos se encontraron á la mañana siguiente á la hora prefijada; mas parece que Guesno había invitado á otro amigo. Después de presentarle á Lesurques, los tres se disponían á salir, cuando el recién venido exclamó:

—¡Hola! Aquí viene Couriol.

—¿Quién es Couriol?—preguntó Guesno.

—Creí que le conocíais,—repuso el otro.—Tal vez deberéis dispensarme si no os acompaño hoy, pues ese caballero y yo tenemos mucho que hablar, y no quiero perder la ocasión, ya que se me presenta tan á punto.

Lesurques volvió la cabeza, y vió á un hombre alto, de cabello negro y espesas cejas, que se adelantaba saludando á todos.

—Pero,—replicó Guesno,—si tanto necesitáis hablar hoy con ese caballero, no habrá inconveniente en que almuerce con nosotros, si lo tiene á bien. Por otra parte, cuatro es el mejor número para semejante excursión. Estábamos diciendo,—añadió, dirigiendo la palabra al llamado Couriol después de haberle sido presentado,—que si no lleváis mucha prisa, y atendido que se trata de un almuerzo entre buenos amigos, tal vez tendréis á bien acompañarnos.

—Con mucho gusto,—replicó el recién venido;—es una invitación á que no puedo negarme.

Oída esta contestación, Guesno condujo á sus tres compañeros á la calle de Boucherie, número 27, donde encontraron preparado ya un suculento almuerzo. Allí estuvieron hasta después de mediodía, dirigiéndose después á un café del *Palais Royal*, llamado *La Rotonda del Sótano*, donde, después de saborear una taza de moka, se separaron, echando cada uno por su lado.

Cuatro días después, el 27 de abril, salían de París, por la barrera de Charenton, cuatro jinetes equipados como para un día de campo, y montados en caballos que, si bien bastante regulares, parecían de alquiler.

Vestía cada jinete un largo levitón, tal como los que entonces se pusieron de moda, y pendiale del cintó un sable. Uno de aquellos hombres era Couriol, el mismo que había almorzado en la calle de la Boucherie la mañana del 23.

Sea cual fuere el sitio adonde se dirigiesen, no llevaban prisa, al parecer, á juzgar por el paso de sus caballos. La única cosa que hubiera podido indicar que no se trataba de una excursión de recreo era la languidez de la conversación; pero nadie observó esto, seguramente, y de todos modos hubiérase podido atribuir á la atención que necesitaban para dirigir sus monturas.

Era ya más de mediodía, cuando uno de los jinetes, separándose de sus compañeros, dirigióse hacia Mongeron para encargarse del almuerzo en la posada que

había allí. Presentáronse en el pueblecillo los otros tres antes de la una; desmontaron delante del mesón del Correo, perteneciente á un tal Evrard, y allí encontraron á su compañero esperando y al criado poniendo la mesa.

Después de conducidos los caballos á la cuadra, sentáronse á la mesa, y terminada la comida pidieron pipas y tabaco.

Si no era otro el objeto de su viaje, seguramente nada tenía esto de particular; y, de no ser así, no iban de prisa, al parecer, puesto que después de fumar, y una vez pagada la cuenta, dirigieronse á un cafetín del pueblo, donde tomaron café. Hecho esto, pidió cada uno su caballo, montaron, y á favor de la sombra dirigieronse todos lentamente hacia Lieursaint, pueblecillo situado en el camino que conduce al bosque de Se nart.

Llegaron á Lieursaint á eso de las nueve de la noche, y allí se defuvieron largo tiempo, acaso por necesidad esta vez, pues uno de los caballos había perdido una herradura, y uno de los jinetes, hombre de elevada estatura que llevaba una peluca rubia, habíase roto la cadenilla de una espuela al chocar con el caballo de uno de sus compañeros.

Este jinete, al entrar en la pintoresca calle de dicho pueblecillo, plantada de árboles á cada lado, llamó á la puerta de una taberna, y habiéndose presentado una mujer llamada Chatelin, desmontó al punto, pidió una taza de café y luego un carrete de hilo para componer la cadenilla rota.

Ambas cosas le fueron facilitadas acto continuo, y como el forastero parecía ejecutar su trabajo con mucha torpeza, la Chatelin llamó á la criada, llamada *Cabezuda* (no sabemos si era un apodo) para que le ayudara. Hízolo así la sirvienta, y muy pronto quedó la espuela ajustada á la bota.

Entretanto, habiendo llegado los otros tres jinetes al parador del pueblo, echaron pie á tierra; dos de ellos pidieron de beber, mientras el tercero era conducido por el posadero, llamado Champeaux, á la herrería de un tal Motteau, que puso una herradura nueva al caballo.

Cuando estaba para terminar el herraje, el hombre que se había compuesto la espuela reunióse con sus compañeros, y al saber que allí había café, pidió también una taza. Después los cuatro entraron en el billar para jugar una partida de carambolas.

Eran ya las siete y media de la noche cuando volvieron á buscar sus caballos; bebieron otra vez en compañía del posadero Champeaux, y marcharon luego en dirección á Melun, adonde conducía la carretera.

—Es gente muy rumbosa,—murmuró el posadero, mirándolos hasta que se perdieron de vista.

Así pensando, entró en el interior de la casa, y de pronto llámale la atención un sable que había quedado sobre la mesa, dejado allí sin duda por olvido de uno de los viajeros. Su primera intención fué llamar á un muchacho para que corriera á llevárselo á su dueño; pero después reflexionó que los caballos iban al trote, y que el jinete volvería, sin duda, apenas notase la falta. También pensó que los caminos eran entonces

asaz seguros, siendo así que dos años antes ningún viajero hubiera podido ir sin armas.

Había trascurrido una hora, cuando de pronto oyóse el ruido del galope de un caballo, y un momento después el jinete de la peluca rubia, el hombre que se había roto la espuela, entró en la posada y preguntó si habían visto un sable.

La noche era oscura, pero el mozo de la cuadra, que tenía el caballo de la brida, observó que el animal estaba bañado en sudor. El jinete recogió su sable, apuró una copa de aguardiente, y volviendo á montar presuroso alejóse á galope tendido por la carretera de Melun.

En el momento en que montaba dejóse oír el rumor de pisadas de caballos y de las ruedas de un carruaje en el camino de Paris, y poco después detúvose á la puerta de la posada el coche-correo de Lyon para cambiar de tiro. En el interior del carruaje, en el único sitio disponible para los viajeros, iba un hombre con la cara muy tapada, como para preservarse del aire de la noche; mas cuando se le dió una copa de aguardiente, notóse que era algo grueso. El resto del coche estaba ocupado por el saco y cajón de la correspondencia, tan voluminosos, que no dejaban sitio sino para una persona.

Eran ya las ocho y media, y la noche estaba muy oscura. La operación de cambiar el tiro terminó pronto; el conductor volvió á ocupar su sitio; el postillón hizo resonar un látigo, y á poco el ruido de las ruedas se fué debilitando por la distancia en la carretera de Melun.

.....

A la mañana siguiente encontróse el coche-correo á un lado de la carretera; el conductor estaba muerto en su asiento, con una profunda herida que evidentemente había penetrado en el corazón y una cuchillada en la garganta, la cual debió inferirse con tal violencia que la cabeza quedó casi separada del tronco.

En medio del camino hallábase el postillón, muerto también: había recibido una cuchillada en el cráneo, y tenía además tres heridas en el pecho; una mano estaba partida, reconociéndose que había cogido la hoja de alguna espada ó de algún instrumento cortante en su lucha para defender la vida.

Del viajero que ocupaba el único asiento del coche, el hombre grueso, que había sido inscrito en la oficina de pasaportes con el nombre de Laborde, comerciante en sedas, no se encontró rastro ni vestigio.

En medio del camino halláronse deseminadas muchas cartas, pero se habían robado todos los valores, consistentes en 75,000 libras en letras, asignados y plata.

Lo horrible del crimen, la audacia con que se había ejecutado y la amenaza que naturalmente suponía para la seguridad pública produjeron la más profunda sensación en Paris, excitando á la policía á obrar enérgicamente.

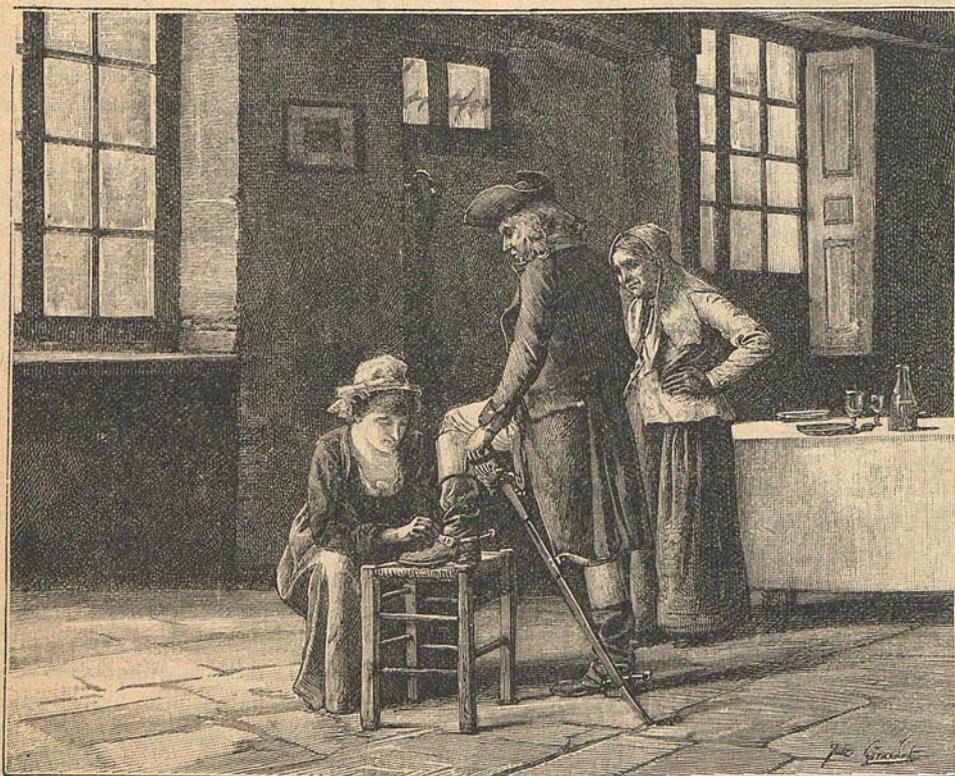
A juzgar por el examen de las víctimas y del teatro del crimen, no cabía duda que los culpables alcanzaban marcada superioridad numérica, y que las heridas se infirieron con armas pesadas, como por ejemplo sables.

También se descubrió que en la mañana del 28 habían entrado en París cinco jinetes, entre cuatro y cinco, por la barrera de Rambouillet. Un caballo, identificado después como el que montaba el postillón, fué encontrado aquella misma mañana suelto, vagando por los alrededores de la Plaza Real; y la policía supo también que otros cuatro, jadeantes y bañados en sudor, habían sido devueltos á un tal Muiron, habitante en la calle de los Fossés Saint Germain l'Auxerrois, por dos hombres que se los alquilaron en la noche del 26. Muiron dijo que aquellos dos individuos se llamaban Bernard y Couriol: el primero fué preso inmediatamente; pero el segundo tuvo tiempo de escapar.

durante la tarde del 27, no evitaron el llamar la atención, según se aseguró, sino que más bien se hicieron blanco de ella, y su vuelta á París, por otra parte, á la mañana siguiente después de cometido el crimen, fué una marcada torpeza; mas, á pesar de todo esto, la policía quedó por de pronto completamente burlada.

Sin embargo, al fin se encontró una pista de Couriol, que fué seguido hasta la casa de un tal Bruer en Chateau Thierry, donde se hallaba también Guesno, el que propuso el almuerzo en la calle de la Boucherie.

La policía esperó una oportunidad, y por fin se presentó en casa de Bruer, donde Couriol fué detenido. Se halló en su poder cierta suma en plata, billetes de banco y asignados; suma que representaba como una quin-



EL CORREO DE LYÓN.—Muy pronto quedó la espuela ajustada á la bota

Por de pronto, la policía tenía ya en su poder uno de los supuestos culpables y conocía el nombre de otro; pero no era evidentemente el asesinato obra tan sólo de aquellos dos individuos; y, en efecto, de las primeras investigaciones resultó, como era natural, que cuatro jinetes habían pasado la tarde y la noche en los pueblos de Mongeron y Lieursaint.

Debía andar en ello, por supuesto, el hombre corpulento, aquel *Laborde, comerciante en sedas*, que muy probablemente sería el que había vuelto á París en el caballo del postillón asesinado. Hizose una descripción según los imperfectos detalles facilitados por el recuerdo de los aldeanos que se encontraban en la carretera de Melun y por el dependiente del alquilador de caballos, así como por las personas que vieron al supuesto comerciante en sedas tomar un billete para el coche.

El plan de los que se suponía eran los asesinos no había sido, al parecer, muy hábil: en todos sus actos,

ta parte de la cantidad robada al correo. Esto era un argumento más en favor de la probabilidad de que los ladrones fueran cinco.

Bruer y Guesno quedaron presos también; mas al comparecer ante el juez en París probaron la coartada tan satisfactoriamente que los dos fueron puestos en libertad al punto.

La aparente casualidad por la cual Guesno, Lesurques y Couriol se reunieron para almorzar juntos en la calle de la Boucherie debía producir, en unión con una cadena de singulares coincidencias, uno de los más extraordinarios *quid pro quos*, uno de los más lamentables y dolorosos errores que jamás se registraron en los anales de la justicia.

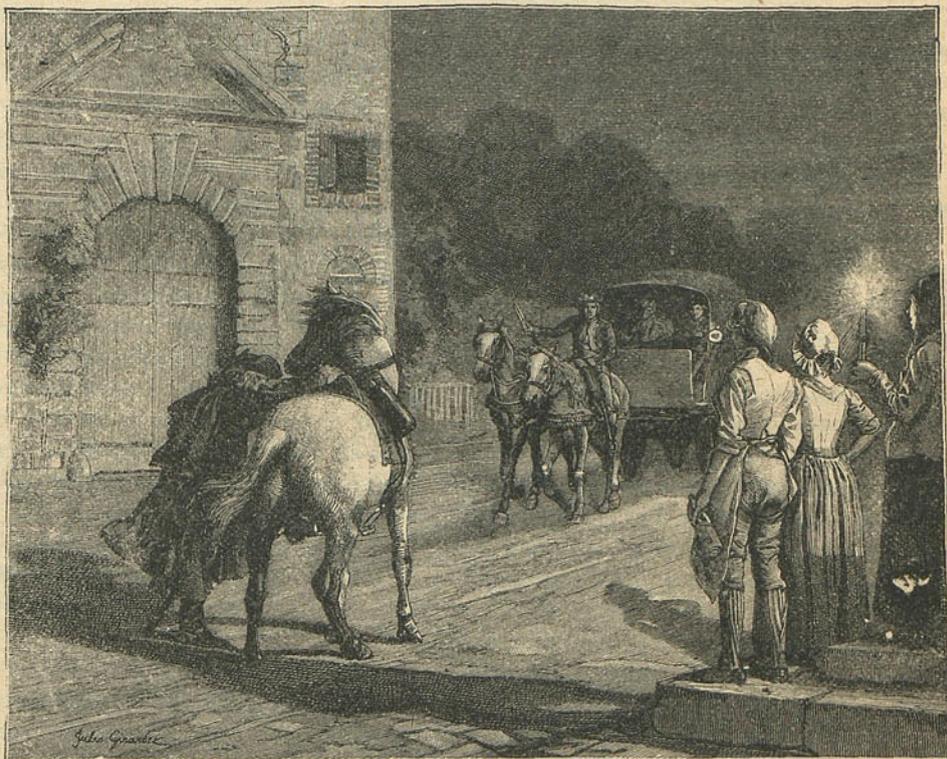
Por la más trivial casualidad, Lesurques se relacionó con Couriol. El incidente que se siguió después en su destino debióse á un encuentro no menos insignificante,

Las primeras diligencias para el esclarecimiento del misterio en que yacía envuelto el crimen del correo de Lyon fueron encomendadas por la oficina central á M. Daubenton, juez de paz de la división del Puente Nuevo, y á un oficial de policía. Ante este M. Daubenton compareció Guesno cuando se le detuvo para conducirlo á Paris, y, según hemos dicho antes, no le fué difícil probar la coartada. Al ponérsele en libertad pidió al juez sus papeles, de los cuales se había apoderado la policía al prenderle en casa de Bruer, y monsieur Baubenton le dijo que volviera á la mañana siguiente para recogerlos. Al mismo tiempo, el juez, sin la menor idea, según parece, de lo que podría resultar de aquel paso, ordenó á un oficial de policía, subordi-

—¡ Ah, sí!—repuso Lesurques.—He oído decir que la policía os mezclaba en un asunto, ó por lo menos sé que se pronuncia vuestro nombre en esta causa; pero nunca imaginé que un amigo como vos tuviera nada que ver en todo eso. Os felicito por haber probado tan pronto vuestra inocencia. ¿Cómo fué?

—Es algo largo de contar,—contestó Guesno,—y ahora me urge recoger ante todo mis papeles, pues me parece que no podré estar tranquilo hasta que haya concluido todo esto. Sin embargo, esperadme aquí un minuto ó dos, ó, lo que es mejor, subid conmigo á la oficina, y cuando haya recogido los papeles os referiré toda la historia.

Lesurques, cuya curiosidad se había excitado y que,



EL CORREO DE LYON.—Detúvose á la puerta de la posada el coche-correo de Lyon

nado suyo, llamado Heudon, que fuera inmediatamente á los pueblos de Mongeron y Lieursaint en busca de testigos para conducirlos á Paris, á cuyo efecto entregó la lista de ellos. Su única intención era reunirlos todos para interrogarlos á la mañana siguiente en la oficina central.

Esta orden, como veremos muy pronto, fué el segundo importante eslabón en la cadena de los incidentes.

Guesno se regocijó en extremo al ver que su inocencia quedaba patentizada tan pronto; pero, naturalmente, ansioso por verse fuera de tan feo asunto cuanto antes, levantóse á la mañana siguiente muy temprano y corrió á la oficina central para recoger sus papeles. Casi á la puerta de la oficina encontró á su amigo Lesurques.

—Mucho madrugáis,—díjole aquél.—¿Dónde se va? Guesno manifestó cuál era su objeto.

como hombre ocioso, no tenía prisa para ir á ninguna parte, accedió sin vacilar. Los dos subieron á la oficina, y como M. Daubenton no había llegado aún, resolvieron sentarse en la antesala.

(Se continuará)

GUERRA A MUERTE

EPISODIO HISTÓRICO

PRIMERA PARTE.—LOS INDEPENDIENTES

CAPITULO I

UNA EJECUCIÓN

Era en 1816, cerca de Puerto Cabello, en plena insurrección de Venezuela contra la madre patria.

Brillaban todavía algunas estrellas en el firmamen-

to, luchando su centelleo con la débil claridad precursora del alba. En la cima de una árida colina, último peldaño de un contrafuerte de los montes de Hilaria, estaban hablando dos hombres, y en torno suyo, teniendo por colchón la dura roca, yacían multitud de soldados españoles envueltos en sus ponchos. El mar, á corta distancia, dejaba oír su piañidera queja y enviaba sus olas apenas coronadas de espuma, de donde su nombre de *Golfo Triste*, hasta las murallas de la ciudad, la plaza mejor fortificada de la capitania general de Caracas y el más firme baluarte de la autoridad española en la América del Sur.

Dormían á pierna suelta los soldados. Confundíanse sus ronquidos con el jadeante resoplido de algunos mulos y de otros tantos caballos trabados, turbando el silencio profundo de aquella cumbre, trasformada desde la víspera en campamento. Los centinelas, ora inmóviles, ora moviéndose con acompasado paso, no tenían trazas de vigilar mucho: tan completa debía de parecerles la seguridad.

—Tello,—decía uno de los dos hombres que velaban en medio del vivac;—¿no ves nada aún? ¿No sientes ningún rumor?

—No, mi brigadier.

—Bueno: dejémoslo. Voy á hablar con el capitán Portalegre, y cuida tú de que no se acerque nadie hasta nosotros. Si alguien se acerca, avísame.

—Está bien, mi brigadier.

El hombre que había respondido al nombre de Tello se instaló en un altozano peñascoso que dominaba el sendero que conducía á Puerto Cabello; acarició la culata de las dos pistolas que llevaba al cinto, sin duda para asegurarse de que las tenía á mano, y acto seguido, con mucha flemma, echó pedernal y yesca, encendió un cigarrillo y se colocó de manera que no perdiese de vista á su interlocutor. Este, por su parte, no se alejó mucho, y pronto vió comparecer ante su presencia al capitán D. Esteban de Portalegre, que le saludó con muestras del más profundo respeto.

—Mi brigadier,—dijo el recién llegado,—estoy enteramente á las órdenes de V. E.

—Capitán, me he enterado de los despachos que estaba V. encargado de entregarme de parte del generalísimo D. Pablo Morillo y de su señor tío de V. el virrey Sámano, y me anuncian buenas noticias. Desde la toma de Cartagena por el ejército real, los enemigos no han hecho sino experimentar reveses sobre reveses. El 16 de febrero han sido derrotados de nuevo, en Puente, con pérdidas inmensas.

—Asistí á la batalla de Puente, mi brigadier, y puedo asegurar á V. E. que la derrota de los insurrectos fué un verdadero desastre.

—Lo sé, capitán. D. Pablo Morillo me habla de V. en términos excesivamente lisonjeros, y me dice que fué V. uno de los héroes de la jornada.

—Cumplí con mi deber de soldado y de fiel servidor de S. M. D. Fernando VII, rey de España.

—No disminuya V. sus méritos, capitán. Pláceme mucho felicitar á V. Para ejecutar el encargo que le ha sido á V. confiado, no podía el general Morillo escoger un oficial más bravo ni más distinguido.

—El señor general se toma mucho interés por mí,

y si se ha dignado enviarme á V. E. es porque comprendía mis impacencias y mis deseos.

El brigadier se sonrió, y al cabo de algunos momentos de silencio, repuso:

—Capitán, le he citado á V. aquí para que podamos hablar con más libertad. En estos tiempos de alteraciones la desconfianza es una virtud. En Puerto Cabello nuestras palabras serían ciertamente recogidas por espías ó por traidores, á pesar de todas las precauciones de que pudiésemos rodearnos. Pero, ¡paciencia!, ya sabré yo acabar con toda esta maldita ralea. Capitán, hablemos primeramente de los negocios del país, y en seguida nos ocuparemos en los de V.

—Mi brigadier, interrúgueme V. E. y le facilitaré todos los datos que quiera exigirme.

—Una carta de D. Pablo Morillo me entera de que es V. portador de instrucciones confidenciales.

—Sí, mi brigadier.

—Hable V.: le escucho.

—Después de la toma de Cartagena, que ocurrió, como ya sabe V. E., el 6 de diciembre del año último (1815), esperó el general Morillo que la insurrección reconocería su impotencia. Prometiése á todos los rebeldes generoso indulto; pero nadie hizo caso de nuestras pacíficas intenciones. Aterrados por un momento, los insurrectos levantaron de nuevo la cabeza y volvieron á proseguir la lucha. Fué menester enviar contra ellos una nueva expedición, y les destrozamos en la batalla de Puente; pero después de aquella brillante victoria, el general Morillo y el virrey Sámano piensan que es necesario dar un gran golpe y aprovecharse de la desmoralización en que se encuentran los insurrectos para acabar con ellos.

—Este es mi parecer también.

—Por consiguiente, el general Morillo recomienda á V. E. que persiga á los rebeldes y los trate sin piedad.

—Será obedecido el general.

—Ordena que se fusile sumariamente á todos los insurrectos que sean aprendidos con las armas en la mano.

—Muy bien.

—En cuanto á los sospechosos, y el general Morillo entiende por sospechosos á todas las personas, hombres ó mujeres, que sin tomar parte activa en la insurrección la aprueban tácitamente; en cuanto á los sospechosos, digo, tiene V. E. plenas facultades para impedir la realización de sus culpables designios.

—Todo el que conserve inteligencias con los insurrectos ó manifieste simpatías por su abominable causa será severamente castigado.

—El general Morillo se ha enterado recientemente (y aquí es donde mi encargo comienza á ser confidencial), el general Morillo ha sabido que muchos jefes de los insurrectos preparan un desembarco en el litoral de la capitania general de Caracas, á fin de excitar á la población á lanzarse á la lucha. Ignora en qué punto intentarán el desembarco, pero piensa que habrá de ser en los alrededores de Puerto Cabello. Conociendo la firmeza de V. E., el general Morillo confía á V. E. el mando de uno de los puestos más peligrosos de la colonia, pero también el más importante. Recomienda

á V. E. una vigilancia incesante y pondrá á su disposición las fuerzas que le sean necesarias para obligar al país á la obediencia.

—¿Y los jefes?

—A eso iba, mi brigadier. Se *ordena* (y me sirvo adrede de la expresión del general Morillo), se *ordena* á V. E. que trate á los jefes con el más extremado rigor si V. E. le echa mano á alguno. No debe concederse la más mínima misericordia á esos traidores, tanto más culpables en cuanto más alto lugar ocupan. Es menester hacer escarmentos terribles y sonados.

—Eso está bien. No comprendía, á la verdad, la mansedumbre de D. Pablo. ¿No se acordaba ya, pues, de Tarquino delante de Gabies? ¿No sabe que derribando las cabezas más altas es como se dominan las muchedumbres?

—Mi brigadier, V. E. obrará á su voluntad. No se le impone á V. E. ninguna restricción, y lo mismo el general Morillo que el virrey Sámano tienen depositada toda su confianza en V. E.

—Capitán: ¿se sabe quiénes son los jefes insurrectos que deben mandar el desembarco?

—Exactamente, no: se supone. Pero ¿á qué entrar en suposiciones? Todos los jefes, sin excepción, son traidores condenados al último suplicio por la justicia de S. M. Católica. Tengo orden de entregar á V. E. una lista de los jefes más comprometidos y cuyas cabezas pondrá V. E. á precio si no consigue apoderarse de sus personas.

—¿Sabe V. los nombres inscritos en esa lista?

—Sí, mi brigadier.

—¿Son?

—Torrices, Urdaneta, Rojas, Bolívar, Marino, Arizmendi, Via, Páez, Sedeño, Moragas, Bermúdez.

—Perfectamente. Conozco á todos esos rebeldes, á quienes los últimos sucesos han hecho salir de su oscuridad y pretenden echarnos. Sabré reducirles y domarles, lo mismo que á la turba popular que les aclama y los sigue.

Preocupado con las reales dificultades que le creaban los acontecimientos de que eran teatro el virreinato de Nueva Granada y la capitania general de Venezuela, el brigadier D. Juan de Ródenas se paseó algunos instantes sin dirigir nuevas preguntas al capitán D. Esteban de Portalegre.

En el cielo palidecían las estrellas y borrábanse una á una bajo la claridad del resplandor dorado que invadía el horizonte por la parte de Oriente. Pronto el sol radiante pareció emerger de las olas, y sus rayos cubrieron el mar de estelas luminosas, de oscilaciones deslumbrantes, de centelleos múltiples. La llegada del día fué saludada por redobles de tambores, que tocaban la diana matinal, y por cañonazos disparados desde la ciudadela de San Felipe.

—Mi brigadier,—dijo el capitán Portalegre,—¿no tiene V. E. ninguna orden que darme?

—Dispense V., mi querido capitán, si me dejo absorber por mis reflexiones; pero la gravedad de los acontecimientos es tal que tengo necesidad de toda mi sagacidad y de toda mi atención para burlar los proyectos de nuestros enemigos. Acabo de madurar un plan de defensa. Ya puedo ahora ocuparme en las cosas que

le conciernen á V. He leído la carta de Sámano.

—¿Y qué, mi brigadier?

—Me pide oficialmente la mano de mi hija para V., capitán, y me ruega le dé á conocer inmediatamente mi resolución.

—El virrey colma mis anhelos más ardientes, mi brigadier. ¿Puedo esperar una respuesta favorable?

—Mis deseos más caros son llamarle á V. *hijo mío*,—dijo el brigadier, estrechando la mano del capitán;—hace ya largo tiempo que el virrey Sámano y yo hemos proyectado ese casamiento, que cimentará nuestra antigua amistad y reunirá nuestras dos familias. Es V. gentilhomme y lleva dignamente uno de los más ilustres nombres de España; es V. valiente, inteligente, leal; le sonrío el porvenir, le esperan los más altos destinos, y me halaga mucho el paso que V. ha dado.

—Mi brigadier, amo á D.^a Inés.

—Lo sé, capitán, y esta sola consideración bastaría para que su demanda fuese aceptada, porque quiero que mi hija sea feliz.

—Juro á V. E., mi brigadier, que no tendrá jamás servidor más adicto ni más fiel que yo.

—Diga V. al virrey que mi consentimiento queda otorgado.

—¿Y D.^a Inés?—preguntó el capitán vacilando algo.

—Obedecerá todas mis voluntades,—respondió D. Juan.

—¿Puedo contar con sus simpatías?

—Si no contase V. con ellas, ¿me pediría Sámano su mano para V.?

—Tiene V. E. razón, mi brigadier. La frialdad que me había parecido notar en D.^a Inés sólo era una reserva impuesta por las conveniencias y sus timideces de doncella. Me hace V. E. el más feliz de los hombres, mi brigadier, y no sé cómo expresarle mi agradecimiento.

Resonaron dos fuertes detonaciones é interrumpieron las protestas de adhesión prontas á caer de los labios del capitán.

—¿Qué es eso?—preguntó.

—Nada, ó casi nada,—replicó Ródenas;—fusilan á dos rebeldes que en contravención á mis órdenes habían conservado armas en sus casas. En casa del uno se han encontrado dos lanzas, y en casa del otro una pistola. Ya ve V., capitán, que me anticipo á las instrucciones del general Morillo. Aterremos el país y seremos sus dueños absolutos.

El capitán hizo un gesto de aprobación y retrocedió algunos pasos para ver mejor el último acto del drama sangriento del cual hablaba con tan terrible indiferencia el brigadier Ródenas. No viendo los cadáveres de los dos desgraciados á quienes se acababa de ejecutar, subió sobre una roca aislada, que era como una especie de bloque errático arrastrado hasta allí por algún formidable cataclismo.

De pronto lanzó un grito y bajó con precipitación.

—Mi brigadier,—dijo;—hemos sido espiados. Todas las palabras pronunciadas por nosotros han sido oídas. Hay un hombre ahí...

—¿Dónde?

—Detrás de esta roca.

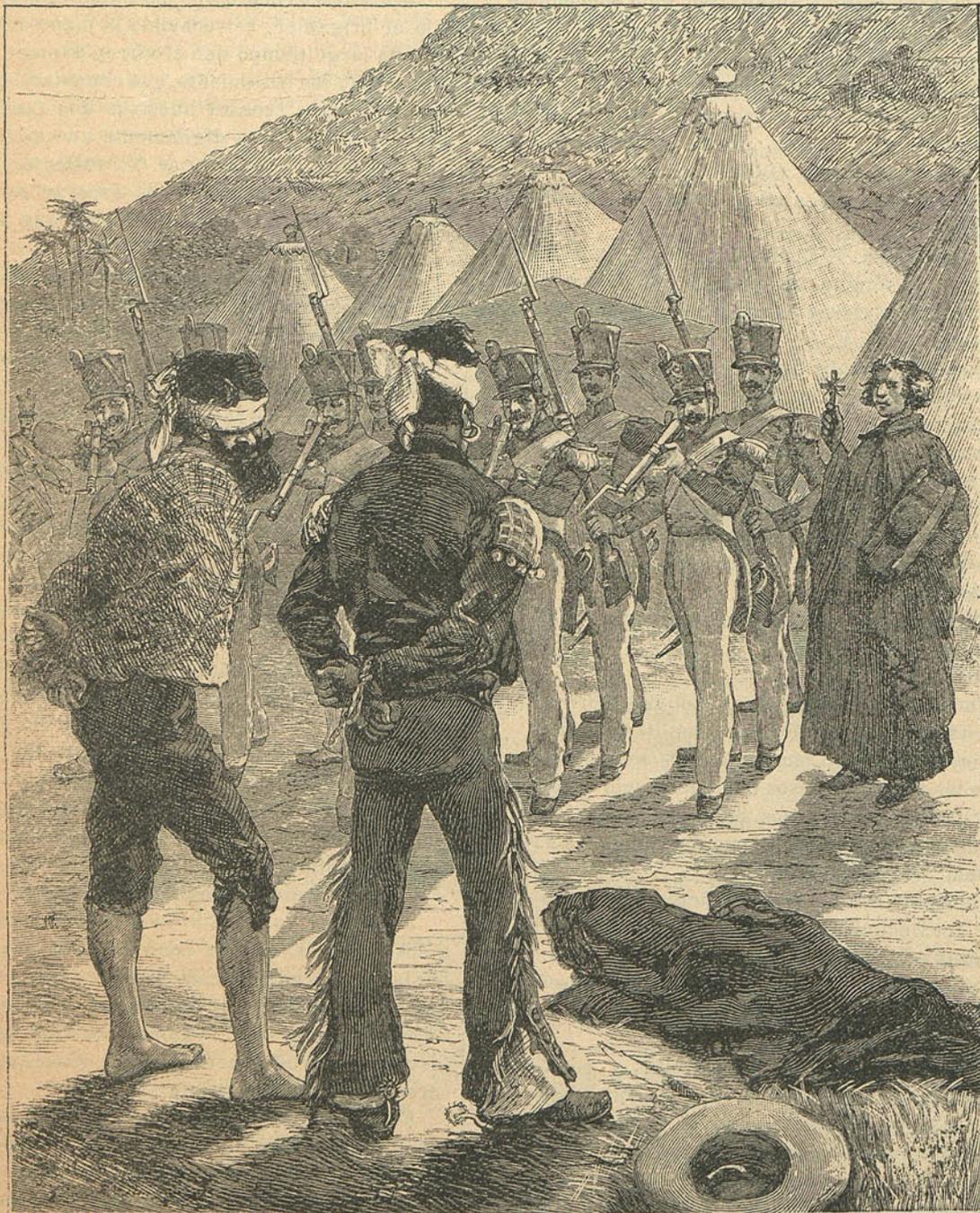
—¡Tello! ¡Tello!—gritó el brigadier.

Tello brincó mejor que corrió ante su superior, montó una de sus pistolas y su mirada se iluminó con leonados fulgores.

—Hay ahí un hombre,—continuó el general señalando el bloque de granito.

—Mi brigadier,—interrumpió el capitán;—¿quiere

Tello contorneó la roca y vió á un ente mal vestido, descalzo, cubierto con un miserable poncho, tendido en el suelo y, al parecer, sumido en profundo sueño. Como medida de precaución, apoyó el cañón de la pistola en la sien del dormilón, al que sacudió rudamente.



GUERRA Á MUERTE.—Resonaron dos fuertes detonaciones..

V. E. que llame en nuestro auxilio algunos soldados? El puesto más cercano está á menos de un centenar de pasos de aquí.

—No: Tello nos bastará.

—¿Hay que matar á ese hombre?—preguntó Tello avanzando resueltamente.

—Aun no. Sepamos antes quién es ese traidor que nos ha espiado.

—¡Eh! Señor: ¿qué es eso?—dijo incorporándose y frotándose los ojos.

—¡Anda! Por Santiago,—dijo Tello poniendo en el seguro la pistola.—Es el *Sandio*.

—¿El *Sandio*?—interrogó el capitán.

—Sí,—respondió el brigadier;—es el apodo con que es conocido ese mentecato que vagabundea por los alrededores de Puerto Cabello. Todo el mundo le

conoce y todo el mundo le compadece porque es inofensivo. Vive sin pensar en mañana y sin tomar parte en nuestras luchas. Las pasiones que nos agitan, los acontecimientos que sobrevienen no ejercen ningún imperio en su débil inteligencia.

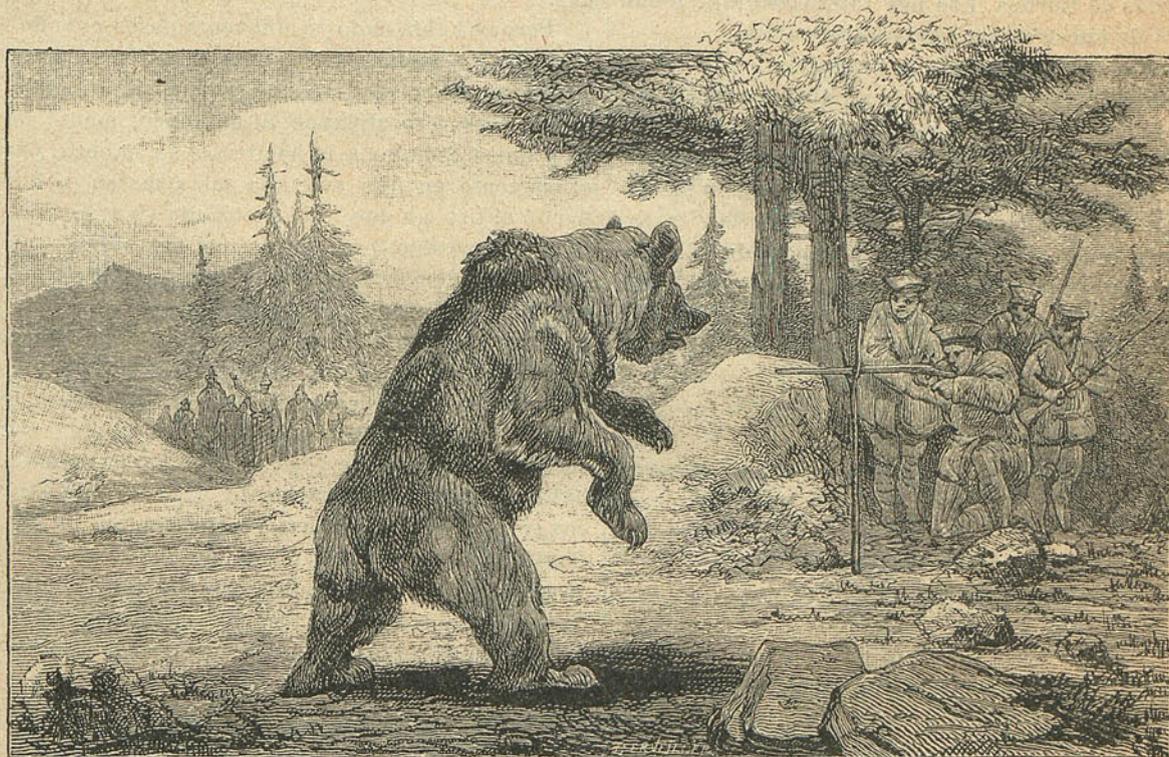
El capitán Portalegre miró al pobre diablo tan bruscamente despertado y le examinó, como si hubiese querido grabar sus facciones en su memoria. El *Sandio* tenía apenas veinte años, pero sus ojos algo extraviados, su piel atezada por el ardiente sol de Venezuela, sus cabellos negros que caían enmarañados sobre la frente le hacían parecer de más edad. Aunque ligeramente demacrado por la miseria, las privaciones y quizás el sufrimiento, su rostro era regular y

—Si ha escuchado nuestras palabras, si ha oído los proyectos que formábamos, ¿no teme V. E. que abuse y se sirva de ello contra nosotros?

—Como si se lo hubiese llevado el viento.

—¿No sería prudente apoderarnos de él y tenerlo encerrado por algunos días? Una palabra inconsciente caída de su boca puede despertar muchas desconfianzas y suscitarlos no pocos embarazos.

—¡Tocar á *Sandio*! ¡Tenerlo preso!—exclamó el brigadier con fingido terror.—Pero ¿en eso piensa V., capitán? Se atraería V. las recriminaciones de una persona á quien, sin embargo, procura V. no disgustar. El *Sandio* es el protegido de mi hija. Tomaría su defensa contra el mundo entero.



AVENTURAS DE CAZA.—La caza del oso blanco

tenía esa varonil belleza que distingue al *sangre azul* de la América Meridional.

—¿Qué haces tu ahí, *Sandio*?—preguntó el brigadier.

Escapóse una risa idiota de los labios del miserable, que respondió:

—Yo no me llamo *Sandio*. *Sandio* no es mi nombre. Yo me llamo Luis Montalvo.

—Pues bien, Luis Montalvo: dinos qué estabas haciendo ahí detrás de esa roca.

—Velaba para dormir: dormía para velar.

El brigadier Ródenas se encogió de hombros. La incoherencia de las respuestas del *Sandio* demostraba bastante el desarreglo de sus facultades mentales. Con todo, el capitán Portalegre continuaba observándole atentamente y su actitud expresaba la desconfianza.

—Mi brigadier, —dijo bruscamente;— ¿responde V. E. de ese hombre?

—Sí.

—Eso prueba la bondad y la caridad de D.^a Inés; pero...

—Y también su agradecimiento. El *Sandio* le ha salvado la vida. Ya ve V., capitán, que ese desgraciado tiene derecho á mis simpatías y á las de V.

—En efecto, mi brigadier; y sentiría en el alma que le sucediese nada á ese pobre muchacho á causa de mis suspicacias, que nada justificaban.

Pero la mirada escruidora del joven oficial no emparejaba mucho con sus palabras. Quedaba la duda en el fondo de su pensamiento y se agarraba en él con tenacidad. Sin embargo, rechazó las aprensiones que invadían su espíritu y añadió:

—Si mis deseos se realizan, seremos dos para proteger y asistir al *Sandio*. Los amigos de D.^a Inés serán los míos.

—Capitán, repítale V. eso á mi hija, y tiene V. ganada su causa.

—Llegué ayer noche y no debo permanecer sino muy poco tiempo en Puerto Cabello, porque las exigencias de mi comisión me llaman á Caracas, y quizás á Nueva Barcelona. ¿Me permitirá V. E. que presente mis homenajes á D.^a Inés hoy mismo, mi brigadier?

—En mi casa, capitán, será V. bien recibido siempre.

—Le quedaré á V. eternamente reconocido por sus bondades.

—Venga V. antes de mediodía, capitán, y almorzará V. con nosotros. Tendré el honor de presentarle algunos convidados que llegan de lejos.

—¿De España?

—No: unos franceses. Cuatro franceses que han desembarcado recientemente en Puerto Cabello y nos darán noticias de Europa. Eso nos interesará algo y nos distraerá de nuestros quebraderos de cabeza.

—Cuenta V. E. conmigo, mi brigadier.

Después de haber cambiado un último apretón de manos, el capitán y el brigadier se separaron. Éste, precedido por Tello, atravesó el campamento, mandó incorporársele la escolta de caballería que le había acompañado y se dirigió hacia Puerto Cabello.

Cuando quedó solo el capitán Portalegre dió la vuelta á la roca para interrogar al *Sandio* y asegurarse de que no tenía que temer ninguna indiscreción. Pero el *Sandio* se había vuelto á dormir, y su rostro, expuesto á los primeros rayos del sol, manchado por el polvo y cubierto aquí y allí por mechones de cabellos negros, expresaba una bestialidad de bruto.

—Decididamente, —dijo el capitán,—es un miserable idiota.

(Se continuará)

AVENTURAS DE CAZA

PERSEGUIDOS POR LOS ELEFANTES

Un cazador del Cabo de Buena Esperanza ha publicado recientemente la siguiente relación, que no dudamos habrá de interesar á nuestros estimados lectores:

Nos encontrábamos desde hacia un mes en el Transvaal.

Una mañana se nos anunció que acababa de hacer su aparición á no mucha distancia de nuestro campamento una numerosa manada de elefantes y que se habían puesto ya en su persecución algunos de nuestros hombres. Partí al momento para reunirme con los cazadores, pero ya la caza que perseguían habíase alejado.

Al cabo de media hora de marcha por el jungle iba á cruzar una pradera sin árboles, cuando oí muchos disparos y la exclamación repetida de: —¡Ojo! ¡Ojo! ¡Cuidado! — á la vez en inglés y en holandés, advertencia que, como es natural, me obligó á no adelantarme. En el mismo instante un ruido de ramas rotas y el pesado paso de los paquidermos que rompían á campo traviesa lanzando gritos me hicieron comprender el peligro que corría. No tuve tiempo, empero, para reflexionar largo tiempo: una enorme hembra, acompañada de tres de sus congéneres de más corta talla,

apareció á 200 metros á orillas del río de Guarana y se dirigió directamente hacia mí.

Encontrándome solo, en medio de una llanura despojada de arbolado, no se me ocultó que pronto me alcanzarían aquellos animales si disparaba sobre ellos sin acertarles gravemente. Me arrojé, pues, fuera de su camino, reservándome esperar mejor ocasión para atacarles si abandonaban mi pista. De repente, mirando detrás de mí, reconocí que habían dado un rodeo para perseguirme y habían ganado ya terreno.

En tal situación, resolví no hacer uso de mi rifle sino en último extremo, y, precipitándome en dirección perpendicular á la que seguía, corrí al lado del río con la esperanza de refugiarme en la orilla opuesta, donde me encontraría en seguida en medio de las rocas.

Pero no había dado yo cincuenta pasos, cuando tenía ya sobre los talones á los cuatro elefantes, lanzando gritos de cada vez más furiosos. Semi-aturdido por aquel horroroso zipizape, dí un rodeo, monté mi fusil y quise apuntar á la hembra á la cabeza; pero en el momento en que apoyaba mi arma en el hombro partió el tiro sin que hubiese tocado yo el gatillo, y la bala no hizo sino rozar con la piel del animal, que se detuvo un instante, meneó las orejas y emprendió de nuevo su furibunda carrera de avance.

¿Chocó entonces mi pie con un obstáculo ó fui derribado por la trompa del elefante? No podría decirlo. Sea como fuere, me encontré tendido boca abajo, con la bestia que me estaba trabajando la espalda con sus colmillos. Felizmente para mí, uno de los colmillos se había quebrado anteriormente, y el otro se limitó á cavar la tierra á algunos centímetros de mi cuerpo. Cogiéndome en seguida por la cintura con su trompa, el paquidermo me derribó con sus pies delanteros, tratando de patearme. Por un momento la presión sobre mi muslo fué tan fuerte, que sentí doblarse mis huesos bajo el peso. Poco después el animal posó su pie en medio de mis lomos, y si la tierra no hubiese estado reblandecida en aquel lugar, hubiera yo sido literalmente aplastado.

A pesar de un tratamiento tan rudo, había conservado el sentimiento de mi situación, y me esforzaba en guardarme. La rotundidad de los pies de mi enemigo me hacía la faena menos difícil de lo que hubiese podido suponer, y conseguí evitar un pisotón que me habría triturado.

Mientras el elefante continuaba traqueteándose y magullándose sin que pudiese prever el fin de mi suplicio, llegó nuestro guía Chisboln, seguido del negro Diederick. Dispararon sus armas sobre la bestia y la tocaron en el hombro.

Los elefantitos huyeron hacia el bosque, y su compañera, bastante gravemente herida, decidióse á su vez, pero muy á pesar suyo, á abandonar á su víctima.

Levantándome todo dolorido, recogí mi rifle y me puse en camino cojeando, no sin volverme á intervalos. Parecíame que aun me perseguían, hasta que por fin, y no sin trabajo, conseguí ganar la altura que dominaba el río.

Llegado á la cumbre, encontré á mi compañero Gaby, que no había salido á cazar aquel día, pero que

acudía, avisado por los negros, testigos del accidente.

Gabry quedó muy sorprendido al verme aún con todos mis miembros y pudiendo andar sin auxilio, aunque cubierto de barro de pies á cabeza.

Mientras le contaba mi deplorable aventura, un desgraciado negro, cuyo nombre era Clam, tuvo la desgracia de llamar la atención de un colosal elefante que había sido rechazado hacia la aldea. La enorme bestia le daba caza, y cogiéndole con su trompa se lo llevó á un centenar de metros. Dejándole entonces en el suelo, subióse sobre él como sobre una plataforma, y durante más de diez minutos le pisoteó hasta que el infeliz hubo expirado. Alejóse en seguida algunos pasos el paquidermo, volvió luego como para asegurarse de que el pobre Clam estaba bien muerto, le volvió con su trompa, y, arrodillándose, amasó el cadáver, que arrojó por fin en los matorrales.

Asistíamos Gabry y yo con el corazón destrozado á aquella horrible agonía, pero nos encontrábamos á sobrada distancia para tocar el elefante, y nuestras balas no llegaban hasta él. El cuerpo del desgraciado Clam estaba hecho papilla cuando nuestros hombres lo levantaron.

Al cabo de algunos días, su verdugo fué herido en la pata izquierda delantera, pero pudo aún refugiarse en el bosque. Fuimos en esta ocasión testigos de una escena curiosa que revelaba en los elefantes tanta afectuosa sagacidad como rara inteligencia. Viendo el triste estado en que se encontraba su compañero, la hembra, que me había maltratado una semana antes, no pensó más en el peligro y salió del bosque para acudir en su socorro. Precipitóse sobre los cazadores, defendió el herido contra sus ataques y volvió en seguida hacia él colmándole de caricias. Cuando trató de andar, ella se colocó del lado donde había sido tocado y se apoyó contra él para servirle de sostén. Les seguimos con los ojos durante media hora, es decir, hasta que un nuevo tiro alcanzó á la hembra, que, debilitada por la herida, fué á caer en los matorrales. Su compañero no tardó en recibir un golpe mortal.

Así acabó esta caza de los elefantes, en la que pudimos apreciar á la vez la intrepidez, la perspicacia y la ferocidad de esos animales.

LA CAZA DEL OSO BLANCO

Entre las diversas especies de osos, ninguno más cruel ni más astuto que el oso blanco de Siberia, y por lo mismo le tienen los Jacutos por animal de extraordinarias condiciones, dotado de un genio casi divino, tomando su taciturnidad como señal de profunda sabiduría.

Así que llega el invierno, el oso blanco de Siberia se construye una cabaña con troncos y tierra, y allí espera, sumido en voluptuoso letargo, á que lleguen mejores días. Como el oso está cargado de grasa, con esa grasa se mantiene, sin necesidad de molestarse para ir en busca de provisiones.

Durante este período de embotamiento es cuando los supersticiosos pueblos de Siberia acuden al *Gran Sabio* para que dirima sus diferencias. Cuando hay dudas sobre la culpabilidad de un acusado, conducen

á éste bien encadenado ante el oso blanco, al cual debe tocar en sus partes más sensibles. Si el oso deja hacer, es que el acusado es inocente; y si no deja hacer, él mismo se encarga de ejecutarle.

No deja de ser frecuente que el oso blanco se llegue hasta las inmediaciones de algunos pueblos y eche la zarpa al indefenso campesino, á quien coge entre sus formidables patas y le lleva al bosque. Entonces se organiza una batida: trátase de reconocer las huellas del plantígrado, cosa que no siempre es fácil, y una vez descubierta la guarida se espera á que se deje ver el propietario, contra la cual es conveniente no fiar sólo en las armas de fuego, sino también en las armas blancas. Los despojos del oso blanco son preciosos, pues además de su magnífica piel se utilizan también la grasa y la carne.

NOTICIAS

Se está preparando en América una expedición para capturar una ballena viva, que figuraría en la Exposición de Chicago, á la cual sería conducida en un inmenso receptáculo remolcado por la vía del rio San Lorenzo.

Uno de los atractivos de la expresada Exposición será un grande estanque lleno de agua, de en medio del cual emergerá la reducción de los continentes, islas y archipiélagos de nuestro planeta, moviéndose el agua por variados procedimientos de manera que figure las principales corrientes de los océanos.

IMPRESIONES MUSICALES

Conócese ya la impresión visiblemente dolorosa que causa á los perros el ruido de los instrumentos de metal y madera. Efecto semejante produce en los toros, como lo demuestra el siguiente hecho, ocurrido en la última semana en los alrededores de Berlín, en una pequeña extensión de terreno en que se verificaban maniobras militares.

Habíase la música de un regimiento retirado á una pradera, con el objeto de ensayar una *alborada* que al día siguiente iba á ejecutar en casa del jefe del cuerpo con motivo de su cumpleaños.

Iba el músico mayor á dar la señal, cuando su vista se fijó en un espectáculo aterrador.

Un toro, que hasta entonces estuvo paciendo tranquilamente, salió de pronto á la carrera en persecución de un niño que cruzaba por delante de la torada.

El niño y la fiera estaban demasiado lejos para que los espectadores pudieran evitar el fatal encuentro. El toro galopaba y la criatura corría, en alas del miedo, lanzando gritos de terror; pero el animal iba poco á poco ganando el terreno, y los azorados espectadores vieron al bicho inclinar la cabeza con intención de enganchar al desgraciado muchacho.

El músico mayor tuvo en aquel momento preciso una idea luminosa.

—¡Un acorde!—gritó á los músicos.

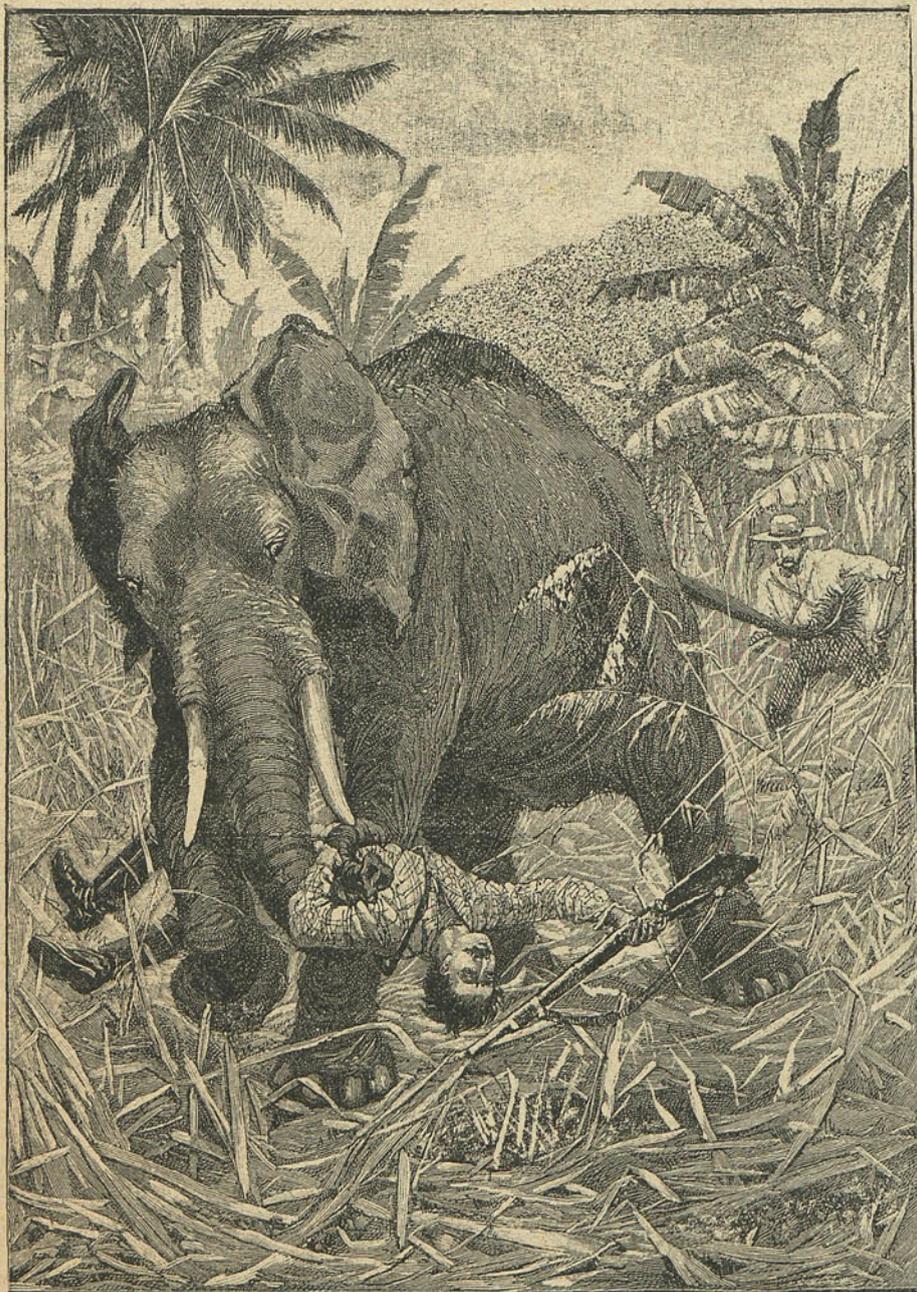
Y al herir los oídos de la fiera aquel estrépito de las

trompetas y tambores se detuvo en seco, como herida de un rayo, comenzando á mugir lastimosamente.

Ante semejante resultado, el músico mayor ordenó otro acorde, y ante el diluvio de robustas notas que oyó el animal vióse á éste huir en sentido contrario al que llevaba, no sin lanzar amenazadora mirada á los que

del valle del Jang-Tse á un hombre que ha hecho el voto de pasar tres años al pie del sepulcro de su madre, sin lavarse, sin mudar de ropas, sin renovar la paja sobre la cual duerme y sin hablar con nadie.

Así llevaba ya siete meses enteros, ocupado únicamente en quemar incienso y en rezar. Duerme en una



AVENTURAS DE CAZA.—Cogiéndome... con su trompa... me derribó...

tan improvisadamente habían impedido su córneo ejercicio, refugiándose en el centro de la torada.

El niño se había salvado.

(*Le Monde Artiste*)

Un periódico de Shangai dice haber visto por sus propios ojos uno de sus corresponsales en una ciudad

choza tan baja de techo, que no puede ponerse en pie, y que le han hecho unos amigos al pie de la sepultura.

Esos mismos amigos han iniciado una suscripción, con objeto de atender á sus necesidades durante tres años, y le llevan arroz, que es lo único con que se mantiene.

Administración: Plaza de Tetuán, 50.—Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa D. M. Pla y Valor: Ancha de S. Bernardo, 19, pral.

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRAFICO EDITORIAL DE LA ILUSTRACION IBERICA, PLAZA DE TETUAN, 50.—BARCELONA